

CAPÍTULO III.

Descripción del *Omeyocan*.—Gobierno del *Ometecuhtli* y la *Omecihuatl*.—Creación de los dioses.—Generación de los hombres.—El *Ometecuhtli* y la *Omecihuatl* eran deidades toltecas.—Disputa sobre el número de los cielos.—*Mictlantecuhtli* y *Mictlancihuatl*.—*Citlaltotec* y *Citlalticue*.—La vía-láctea madre de los dioses.—Comparación de las deidades creadoras en sus diversas tofanías.—Creación de los astros.—Explicación de estas ideas cosmogónicas.—Días dedicados á *Mictlantecuhtli*.—Fiesta anual en el *Tlalxico*.—Explicación de este culto nocturno.

Pinta Torquemada el *Omeyocan*, como ciudad gloriosa y llena de deleites, colocada sobre los cielos. (1) Dice que el suelo de esa ciudad, era más alto que los cielos y supremo de ellos, y en ella se gozaba de todos los placeres imaginables y de todas las riquezas del mundo. Supuesta la personificación del elemento material fuego, en las deidades *Ometecuhtli* y *Omecihuatl*, natural fué darles á éstas una residencia con goces materiales. Disfrutaban de todas las riquezas del mundo: éste era el supremo bien para un pueblo materialista, ignorante de los inmensos placeres del espíritu.

Crefan los mexicas, (2) que los dioses creadores, desde el *Omeyocan* gobernaban toda la máquina inferior del mundo, tanto lo visible como lo invisible, influyendo en los hombres, y produciendo en ellos sus inclinaciones naturales. Desde su cielo cuidaban de todo, atalayando desde aquel su asiento las cosas creadas. El *Ometecuhtli*, el dios hombre, obraba en todo el género de varones; y la *Omecihuatl*, la diosa hembra, creaba y obraba en todo el género de las mujeres.

Habiendo hecho por abstracción supremos creadores á estas divinidades, los nahuas debieron hacerlas también autores de sus múltiples dioses. Así contaban, (3) cómo la diosa había parido en el cielo muchos hijos, y después de todos ellos un *Tecpatl* ó pedernal: de lo cual admirados y espantados los otros dioses sus hijos, acordaron arrojar del cielo á dicho *Tecpatl*, y así lo pusieron por obra. Cayó el *Tecpatl* en Chicomoztoc, y sus pedazos se tornaron mil seiscientos dioses y diosas.

Por algún relato de Torquemada, (4) podría suponerse en los indios la idea de que los hombres eran creados en el *Omeyocan*. La partera decía al niño recién nacido: «los dioses *Ometecuhtli* y *Omecihuatl* te crearon, para enviarte á este mundo triste y calamitoso.» La misma partera imprecaba á los creadores, diciéndoles: «te ofrezco, señor *Ometecuhtli-Omecihuatl*, esta creatura que creaste y formaste, y enviaste á este miserable mundo, para que infundas tu virtud en ella.» Antes refiere expresamente el mismo historiador, cómo los dioses *Ometecuhtli* y *Omecihuatl* habían

(1) Monarquía Indiana, tomo II, página 37.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

(4) Op. cit., tomo II, páginas 447 y 450.

creado á los hombres en el cielo donde residían. Sahagún expresa la misma idea (1) en otro de los razonamientos de la partera. «¡Oh piedra preciosa! dice ésta al recién nacido, ¡oh piedra rica! ¡oh esmeralda! ¡oh zafiro! fuiste formada donde están el gran dios y la gran diosa, que son sobre los cielos: formos y creos vuestra madre y vuestro padre que se llama *Ometecuhtli* y *Omecihuatl*, mujer celestial y hombre celestial.» Sin embargo; esta creación de los hombres en el *Omeyocan*, era metafórica: en él residían los creadores, y desde él creaban á los hombres. Bien lo indican los primeros textos citados de Torquemada, y lo confirma el mismo Sahagún, (2) pues en la plática dirigida por uno de los parientes á la preñada, le dice, hablándole de la concepción del hijo que ésta lleva en el vientre: «así lo ha determinado el que reside en el cielo, un hombre y una mujer que se llama *Ometecuhtli Omecihuatl*.»

La explicación de la metáfora encerrada en estos textos es sencilla. El fuego es el creador de todas las cosas, y él da vida al niño en el vientre de la madre. «Decían los toltecas, que de aquel gran señor (*Ometecuhtli*) dependía el sér de todas las cosas, y que por su mandato, de allá (del más alto cielo, del *Omeyocan*) venía la influencia y calor, conque se engendraban los niños ó niñas en el vientre de las madres.» (3) Este texto de Sahagún no puede ser más terminante. A la vez nos revela que tales deidades creadoras ya eran conocidas de los toltecas; lo cual nos trae á una reflexión importantísima.

La representación del fuego creador por los dioses *Ometecuhtli* y *Omecihuatl* era una abstracción, y los pueblos primitivos no tienen ideas abstractas. Así los primeros nahuas no debieron formar á esas deidades. La cultura de los toltecas, ó más bien de los tlalpaltecas, de quienes recibieron su civilización, fué sin duda la creadora de esos creadores.

Curioso es notar, cómo el *Ometecuhtli* y la *Omecihuatl* no tenían templos ni culto especial bajo esta advocación: y uso la palabra advocación, por parecerme propia, y por haberla empleado el Sr. D. Fernando Ramírez. Encuentro solamente el doble *Huehuetéotl* del Templo mayor. Pero veremos cómo el fuego creador, bajo otros nombres, tenía *teocallis* y suntuosas fiestas, y era su culto general y solemne entre todos los pueblos de nuestra antigüedad.

Conviene hacer aquí otra reflexión. En los textos citados, tanto Sahagún como Torquemada, ponen la creación del hombre en el duodécimo cielo; y ya hemos visto que el mismo Sahagún coloca al *Ometecuhtli* sobre el nóveno, en lo cual va de acuerdo con la pintura del Códice Vaticano. Estas diferencias han dado origen á serias disputas, y se ha buscado el resolverlas con combinaciones inadmisibles. Es, sin embargo, muy sencilla la solución. No todos los mexicas entendían el sentido secreto y misterioso de los jeroglíficos: esta ciencia estaba reservada á los sacerdotes, y no se comunicaba al pueblo. Cuando Sahagún preguntó la cuestión á un indio entendido, éste le dijo que los cielos eran nueve; pero los otros indios, dueños tan sólo de la tradición vulgar, le afirmaron que eran doce. ¿De dónde vino esta contradicción? ¿Cómo nació este error? De la misma pintura reproducida en el Códice Vaticano, ó de otra semejante. Quien no esté en el secreto de su lectura, computará los dos cielos del *Omeyocan*, y contará once; y viendo al *Ometecuhtli* sobre ellos, lo creará habitador del duodécimo. El mismo intérprete del Códice incurrió en el error, por dividir en dos el *Ilhuicatl-Mictlampa*, y cuenta doce cielos, incluyendo por dos el *Omeyocan*. (4)

(1) Historia, tomo II, página 199.

(2) Ibid., página 166.

(3) Ibid., tomo III, página 111.

(4) Tavola I.—Tavola II.

Nadie ignora, que cuando un error se vulgariza, crece y se modifica; y después ni conocerse puede su origen. Por ser el trece número sagrado, quienes de nuevo habían formado doce cielos, no hallaron inconvenientes en aumentar uno más. Sin duda tuvieron también gran culpa de estas contradicciones los primeros escritores, porque no entendieron bien las explicaciones de los indios. Así en la Historia de los mexicanos por sus pinturas, (1) sólo aparecen ocho cielos; y sin embargo, en la misma obra se dice antes, (2) que los dioses creadores «se criaron y estuvieron siempre en el treceno cielo.»

Pero no solamente, con el transcurso del tiempo, adulteró el vulgo el número de los cielos, sino también el objeto de esas mansiones. La misma Historia pone en el primero la vía-láctea, en el segundo las *Tzitzimine*, que según el Sr. Troncoso son los planetas; (3) en el tercero los cuatrocientos hombres creados por *Tezcatlipoca*; en el cuarto todos los géneros de aves, y de allí venían á la tierra; en el quinto culebras de fuego, de donde salían los cometas; en el sexto todos los aires; en el séptimo el polvo, y de allí abajaba; en el octavo todos los dioses, y de allí nadie subía adonde estaba el creador.

Siempre junto á la leyenda religiosa pura, se forma la leyenda popular, alteración de aquella: y aquí vemos cómo los mexicas habían substituido por observaciones mezquinas de lo que en la atmósfera se les presentaba más patente, el aire y el polvo, aquella sublime máquina de sus nueve cielos, fiel pintura de la naturaleza en los splendores del día y en las obscuridades de la noche. A pesar de ésto, la idea primitiva y sagrada resistió á las innovaciones, y en los santuarios y en los rituales jeroglíficos se conservó la tradición de los nueve cielos.

Pero si los mexicas creían que el fuego todo lo creaba y á todo daba vida, hubieron de observar igualmente cómo todo lo destruye y todo lo aniquila. Torquemada expresa esta idea, diciendo: (4) que el fuego es dios tan riguroso, que todo lo consume, y que los indios atribuían ésto á su propia virtud; y es así, pues es propia virtud del fuego quemar y consumir todo.

El dios creador fué, pues, el dios destructor: las deidades de la vida lo fueron también de la muerte; y *Ometecuhli* y *Omecihuatl* mudáronse en *Mictlantecuhli* y *Mictlancihualt*.

Micllan era el lugar adonde iban los muertos. Los cronistas lo traducen por infierno; pero esta voz viene de *micqui* muerto, y del sufijo *tlán* en: en donde están los muertos. Así *Mictlantecuhli* era el señor ó dios de la muerte, como *Ometecuhli* era el de la vida.

Esta interesante teofanía está consignada en la pintura III del Códice Vaticano. En la parte superior está el dios *Mictlantecuhli*, y enfrente la diosa *Mictlancihualt*, y para expresar el nombre de ésta, tiene detrás la figura de un cadáver, colocado en la posición acostumbrada por los indios. El intérprete dice, hablando de estas figuras: (5) «1. *Miquillaneculli*, q. d. el Señor del Infierno. *Tzitzimill*, lo mismo que lucifer.—2. *Miquitecacigua*.» Y antes lo explica diciendo: «En aquel lugar del Infierno creían que estaban estos cuatro dioses, entre los cuales uno era el superior, que llamaban *Zitzimill*, que era el *Mictlantecotl*.»

Dejando á un lado el error de llamar infierno al *mictlan* y Lucifer al dios que lo presidía, resulta *Mictlantecuhli* una de las principales deidades, el señor de la muer-

(1) Páginas 256 y 257.

(2) Página 228.

(3) Anales del Museo Nacional, tomo II, página 358.

(4) Monarquía Indiana, tomo II, página 57.

(5) Tavole III e IV.



Mascara de Obsidiana de Mictlanteculli.

Colección Chavero

te. Fácilmente nos convenceremos de que era el mismo dios del fuego, si observamos la parte superior de su rostro, la cual es roja; y sobre todo, porque tiene corona ó *copilli*, y ya hemos visto cómo sólo se le ponía á *Xiuhtecuhtli*, porque era el dios supremo. Pero si alguna duda pudiera quedarnos, la desvanecería por completo otra pintura del mismo Códice. En su *Tonalamatl*, en el principio de la décima trecena, concurre el día *ce Ozomatli* con el acompañado *Tlell*, el fuego. (1) Pues bien: en ella el fuego *Tlell* está representado por la imagen de *Mictlantecuhtli*. Allí se le pone con el mismo rostro que tiene éste en la lámina anterior, é igualmente coronado; pues el intérprete dice, (2) que solamente á éste y al creador pintaban con corona: y era porque solamente coronaban al fuego, ya como supremo creador, ya como supremo destructor.

No hubo de ser ésta la única teofanía del dios del fuego. Si el *Ometecuhtli*, la deidad que daba la vida, era una abstracción, lo era también el *Mictlantecuhtli*, el señor de la muerte; y los pueblos prefieren á las abstracciones alguna manifestación material de sus ideas; pues si forman concepciones subjetivas, acostumbran expresarlas por medio de transformaciones objetivas. Pueblo cultor de los astros el nahua, lógicamente debía personificar en ellos á sus dos creadores. Y así sucedió.

Torquemada dice, (3) que *Ometecuhtli* y *Omecihuatl* fueron llamados por otros nombres: *Citlallonac*, que quiere decir estrella resplandeciente, y *Citlalicue*, que quiere decir falda ó cauda de estrellas. Tenemos, pues, según este texto, personificada la dualidad creadora fuego en dos deidades astronómicas: *Citlallonac* y *Citlalicue*. Indaguemos ahora cuáles eran. *Citlallonac* y *Citlalicue*, por su significación, son á no dudar dos cuerpos astronómicos. Comencemos nuestras indagaciones por el segundo, por *Citlalicue*. «Citlalicue, dice Torquemada (4) que quiere decir Faldellín de la Estrella: porque *Cueitl*, es una vestidura de que vsan las Mugerres de estas Indias, llamada de los nuestros Nahuas, y son á manera del Faldellin, con que cubren las carnes las mugeres, de el qual vsan comunmente.» En efecto: *Citlalicue* ó *Citlalcueye*, quiere decir falda ó cauda de estrellas. ¿Cuál era astronómicamente esta cauda? Por suerte lo sabemos de modo indisputable, pues la voz tiene su traducción desde el Vocabulario de Molina de 1555. Apenas treinta y cuatro años después de la conquista de la ciudad de México, ya ponía Molina en la foja 42 de ese Vocabulario lo siguiente: «Camino de Santiago en el cielo. Citlalicue.» En su Vocabulario grande de 1571, repite: (5) «Citlalicue, camino de Sanctiago en el cielo.» Rémi Siméon, en su magnífico Diccionario de la lengua nahuatl, (6) traduce *Citlalicue* por vía-láctea. No puede haber, pues, vacilación alguna en ésto. (7)

(1) Página 35 del Códice.

(2) Tavola XXXIV.

(3) Monarquía Indiana, tomo II, página 37.

(4) Ibid.

(5) Foja 22, vuelta.

(6) Página 88.

(7) No conozco ídolo ó escultura que represente á la vía-láctea como cauda de estrellas: solamente hay pinturas jeroglíficas como las del Códice Borgiano. Sin embargo: en mi colección tengo unos relieves que formaban parte de un hermoso vaso de barro: uno de ellos figura un escudo, *chimalli*, y dentro de él hay una mujer, según parece por la enagua ó *cueitl*, la cual empuña con la mano izquierda la nube ó cauda de estrellas. Tengo además un colgajo ó pendiente de concha, el cual bien pudiera ser representación de la vía-láctea. Tiene una cabeza extraña, que ya parece de animal, ya calavera, y en ella siete agujeritos que semejan estrellas. La cabeza está unida á un cuello curvo con cinco estrellas y dos extremos: el derecho está quebrado; al izquierdo va unido un cuerpo ó cauda todo sembrado de estrellas. De la boca de esta curiosa figura sale el signo de la palabra, símbolo del poder creador.